



NAVIDAD EN COLOMBIA

Aguinaldos en el Valle de Tenza

Colaboración especial de Pedro Baracaldo Aldana

« Ven a Nuestras Almas, Ven, no tardes tanto»... era el coro de voces desentonadas de niños y mayores que sonaban por caminos, calles y templos en todo el Valle de Tenza, en las noches de la novena de aguinaldos.

En el Valle de Tenza no se nombraba el término Navidad, esa palabra la usaba el señor Cura en sus prédicas. Entre las gentes se entendían mejor los nombres de «Noche buena» o simplemente «Aguinaldos», para referirse a las celebraciones de la novena, incluida la noche del 24 de diciembre.

Las vertientes de los ríos Salitre o Súnuba y Garagoa, al nororiente de Cundinamarca, forman la región del Valle de Tenza. la mayor parte pertenece al Departamento de Boyacá; región de clima templado, densamente poblada en otro tiempo y cuya topografía es muy quebrada. Fue en la colonia una comarca frecuentada por Españoles, que iban en busca de esmeraldas de Somondoco y Chivor, o atraídos por el agradable clima, o por la variedad y abundancia de frutos que aquella tierra produce. El influjo español aún hoy día se advierte en la fisonomía de los pobladores, en sus costumbres, en su fe religiosa y en la arquitectura de viviendas y poblados.

El ambiente de la noche buena comenzaba en el Valle de Tenza con la celebración festiva y solemne de la Fiesta de la Inmaculada Concepción de María, el ocho de diciembre. En la noche del día anterior, en todas las parcelas se encendían las «luminarias», hogueras que se alimentaban con

los rastrojos de las cosechas, alrededor de las cuales los niños gritaban y cantaban danzando, mientras algún adulto lanzaba los voladores; aquella noche los campos se transformaban en un fantástico espectáculo de fuegos artificiales que se esparcían por los cerros y hondonadas del contorno. El día ocho todos los hogares amanecían adornados con la bandera azul y blanco de la Virgen, izada en una cañabrava y adornada con cintas y guirnaldas.

El primer día de la novena, 16 de diciembre, se iniciaba con la proclamación desde el púlpito, por el Párroco de las personas «alféreces», encargadas de las diversas celebraciones: las señoras, del rosario y la novena; los señores, de las misas de aguinaldos; un sector o vereda para cada noche y mañana siguiente.

El centro de los festejos era el Pesebre, naturalmente. En los hogares no había Pesebre, sólo en algunas casas principales, lo que era señal de distinción.

En el templo se arreglaban dos Pesebres: El grande se vestía en un ángulo o nave, con figuras de tamaño natural, era amplio y en él cabían a conveniente distancia las figuras de pastores, reyes magos, ovejas y ganados esparcidos por el campo, pequeños poblados, que por el tamaño de las casas y torres, y su ubicación en el conjunto, daban la impresión de estar muy distantes. El más pequeño se instalaba en andas para la procesión. Las figuras de los dos se vestían con los mismos atuendos de los feligreses.



El esquema de celebración se repetía igual casi todos los días; sus momentos más destacados eran: preparación en la vereda, desfile hacia el centro urbano, procesión alrededor de la plaza, rezo de la novena en el templo, visita de los pastorcitos al Señor Cura Párroco y finalmente, merienda y jolgorio popular.



A las doce del día con repiques de campanas, toques de la banda municipal y con muchos voladores se anunciaba al vecindario que los alféreces estaban, seriamente dedicados, a solemnizar su novena. En la tarde, entusiasta preparación: los villancicos y las coplas, los atuendos para los conjuntos musicales, para los cargadores de las «mesitas», para los niños pastores, quienes además de sus vestimentas, debían aprestar los dones que ofrecían al niño Dios: frutos, viandas, instrumentos musicales, ovejitas y pollitos. Lo más hermoso, las «mesitas», que eran así: Una escalera formada por dos varas de maguey, de tres a cuatro metros de largo, unidas por peldaños, -el maguey es el tallo de la flor de la planta del fique, una vara muy liviana y blanda-; sobre las dos varas y sobre los peldaños se fijaban pequeños arcos de cañabrava, adornados con cintas de papel de varios colores, en la unión de los arcos se colocaba un dispositivo de la misma caña y allí se insertaban velas que irían encendidas durante el desfile. Agradable y hermoso resultaba el espectáculo que ofrecía la entrada de mesitas a la población cuando ya la noche había caído, en medio de los conjuntos musicales, la pólvora y la algarabía de los niños. Las mujeres, luciendo sus blusas blancas con encajes,

sus pañolones negros, sus sombreros jipas o de ramo, sus faldas negras, sus alpargatas de fique nuevas y muy blancas, las portaban.

El desfile que venía de la vereda lo recibía, en la puerta del templo, el párroco acompañado por los monaguillos, por el coro oficial de la Iglesia y por los

demás concurrentes. Entonces se daba comienzo a la procesión que recorría el rededor de la plaza: adelante los monaguillos con la cruz, siguiéndolos el grupo de niños vestidos de pastores, llevando sus ofrendas, a continuación las mesitas en dos hileras, formando al centro una calle, luego el párroco con su cortejo de celebrantes y cantores, cerrando el desfile el pesebre montado sobre las andas detrás del cual marchaba la banda de músicos del pueblo; los concurrentes caminando por los lados.

Durante el recorrido se rezaba el Rosario. En las esquinas de la plaza o de trecho en trecho estaban

las posadas, ranchos rústicos, para dramatizar algún pasaje de la infancia de Jesús: Anunciación, Visita a Santa Isabel, Adoración de pastores y Reyes; allí se cantaban los villancicos.

El desfile finalizaba en el templo, donde cada quien ocupaba su lugar: los cantores en el coro, los pastores alrededor del pesebre, las mesitas enfiladas a lo largo del templo.

El sacerdote iniciaba la recitación de la novena: «Benignísimo Dios ...», los asistentes repetían cada una de las oraciones. Después de la consideración propia del día, la prédica explicatoria del padre que oficiaba. El momento más jubiloso ... Los gozos, «Ven a nuestras almas, ven no tardes tanto», rompían todos a cantar, los cantores en el coro, las gentes en la amplitud del templo, los niños a sonar sus pitos, instrumentos, palmas y afuera en la plaza los cohetes.

Terminada la celebración religiosa, algunos regresaban a su hogar, los demás se dispersaban por la plaza y las calles, los niños pastores conducidos por los alféreces iban a la casa cural para entregar al párroco las ofrendas. Mientras tanto, en los toldos de la plaza y en las tiendas se formaban los grupos



para comer golosinas tradicionales y para entonar las cantas y coplas acompañadas por sus triples y demás rústicos instrumentos.

Si los alféreces habían allegado suficientes recursos, a esta hora se realizaban en la plaza los «juegos de pólvora», y si no, de todas maneras los muchachos gozaban con los voladores de colores, buscaniguas, rodachines, volcanes y triquitraques fabricados por los polvoreros de la región. Eran famosos los polvoreros de Guateque, Guayatá y Manta.

Al estilo de las trovas, los grupos se enfrentaban para improvisar, en el tono característico de la Guabina o el Torbellino, sus octavillas picantes y graciosas; y «a bailar se dijo» y a lucir pañolones blusas y faldas engalanadas.

La viandas y golosinas típicas en el Valle de Tenza son muy variadas, y si son para celebrar la Nochebuena son preparadas con especial esmero y sabor. Eso sí, todas tienen como base el maíz. No podían faltar la mantecada, el bizcochuelo, las colaciones de variada factura y gusto. Los señores las acompañaban con trago de aguardiente de «contrabando», así se llamaba el aguardiente de fabricación casera, destilado de miel de caña. Las mujeres preferían, en señal de delicadeza, un trago de vino o de mistela. Para los niños la mantecada o las galletas, se acompañaban de suave masato de maíz. En los hogares no faltaban las arepas, los envueltos de maíz pelado, que también se acompañaban de masato, y las almojabanas y garullas para comerlas en la changua con huevo, al desayuno.

En la noche del 24, para la celebración de la novena, se seguía el mismo ritual pero con mayor solemnidad, con mayor profusión de luces, de cantos, de pólvora y de disfraces. Terminada la novena y mientras llegaba la Misa de media noche, la plaza se convertía en una verbena popular con

guitarras, triples, chuchos, pitos, dulzainas, bailes, cantas, luces, globos, vacalocas y pólvora, manifestación rústica y hermandad, sustentadas en la fe religiosa por la venida del Niño Dios.

Llegada la hora, toda la feligresía se reunía en el templo para la misa de media noche. El momento culminante era cuando el sacerdote entonaba el «Gloria» de la Misa. Era un estallido de alegría y fervor religioso. Las campanas grandes y chicas repicaban, el coro cantaba, la pólvora estallaba con mayor estruendo, la concurrencia prorrumplía en alegría y rezos fervorosos, porque entonces la imagen del Niño Dios envuelto en pañales comenzaba a deslizarse por una cuerda desde lo alto del coro del templo hasta el presbiterio, en donde el párroco lo recibía para colocarlo en la cuna del pesebre, que estaba



vacía durante la novena, y allí permanecería hasta la fiesta de Reyes, el seis de enero.

Terminada la Misa, nadie podía volver a su hogar, si antes no había cumplido con el último acto de la celebración de la Nochebuena: adorar al Niño Dios. Besar con fe y cariño «la patica» del niño recién nacido, que en las manos del sacerdote y con sus ojos risueños y agradecidos veía pasar a todos los hombres, mujeres y niños del pueblo.

El misterio de los reyes



Por Miguel Angel Mondragón

De todas las fiestas, ninguna más emotiva que la natividad. Y entre los pliegues de misterio y ternura que la envuelven, ninguno más sutil que la visita al Niño Dios de los Reyes Magos

Según nuestra tradición, Melchor, Gaspar y Baltasar, devotos y conmovidos, se humillaron ante la luz del Mundo para ofrecer oro, mirra e incienso. En memoria de sus ofrendas, cada año los Reyes vuelven a muchos rincones de nuestra América y obsequian a los niños con sus regalos generosos.

Sin embargo, no estamos seguros de cuántos reyes magos adoraron a Jesús. Hay tradiciones y hasta monumentos antiguos que hablan de dos, tres, cuatro, seis, ocho y hasta quince personajes. Prevalece el número tres. El primer testimonio formal fue el de San León, que fue papa en el siglo V.

Tampoco hay certeza respecto a como se llamaban. Los nombres populares de Gaspar, Baltasar y Melchor no son muy antiguos. En el primer lugar donde aparecen es un manuscrito del siglo VII que se conserva en la Biblioteca Nacional de París. Difieren los tres nombres en diversas lenguas: Kaghpa, Bradadilm y Badadakharida, en lengua siria; Apellicón, Amerín y Damascón, en griego; Magalath, Galgalath y Serakin, en hebreo; y Ator, Sater y Paratorus en la etiópica. Para los armenios hubo doce Magos con sus respectivos nombres.

Según la tradición piadosa, los Santos Reyes fueron instruidos en la fe por el apóstol Santo Tomás y luego consagrados obispos, para morir finalmente como mártires hacia el año 70 de nuestra era.

Cuando reinaba Constantino el Grande, los restos de los tres adoradores se trasladaron de Palestina a Constantinopla y luego a Milán, hasta que el emperador Federico Barbarroja los obsequió en 1164 al obispo de Colonia. Este último edificó para ellos un templo en principio sencillo, pero que creció hasta convertirse en una de las catedrales más fastuosas de la arquitectura ojival: la de Colonia.

El testimonio de Marco Polo

En su libro *El millón*, Marco Polo descubrió las

maravillas que encontró en su viaje de 24 años por Oriente, la mitad de los cuales pasó al servicio del Gran Khan de los mongoles. Allí el veneciano encontró el sepulcro de los Santos Reyes. Estas son sus palabras, escritas en el siglo XII de nuestra era: «En Persia está situada la ciudad de Saba, de donde salieron los tres Reyes Magos para venir a adorar a Jesucristo. Y en esta ciudad están los tres reyes enterrados en sendos sepulcros de gran magnificencia [...]. Los tres sepulcros aparecen uno junto al otro. Los cuerpos de los reyes se conservan intactos, con sus barbas y sus cabelleras [...]. No muy lejos de allí, a tres días de viaje, se ve un alcázar llamado Cala Atapereistan, que significa Castillo de los adoradores del fuego.

«Las gentes del castillo repiten que en los tiempos antiguos los tres reyes de la comarca viajaron para adorar a un profeta recién nacido y llevarle tres ofrendas: oro, incienso y mirra. así sabrían si el profeta era dios, rey terreno o médico. Resolvieron ir entonces los tres al mismo tiempo a adorar al Niño. Y lo encontraron del tamaño y la edad que el correspondía. Se postraron ante El y le ofrecieron el oro, el incienso y la mirra. El Niño tomó las tres ofrendas y les dio entonces un cofre herméticamente cerrado».

En él había una piedra que los reyes arrojaron a un pozo, pues ignoraban que significaba que debían ser firmes y constantes en su fe. Pero una gran llama salió de los cielos y llegó hasta la piedra hundida. «¡Un talismán!», se dijeron los tres reyes, y en seguida tomaron parte del fuego para llevarlo a sus respectivos países y mantenerlo siempre vivo. He aquí el origen de los *adoradores del fuego* de quienes habló Marco Polo.

Los Reyes Magos en las pastorelas

Cada año los Reyes Magos aparecen en los nacimientos y en las pastorelas. En principio, las pastorelas fueron uno de los recursos catequizadores con que los frailes predicaron la nueva fe a los indios del siglo XVI en los dominios españoles en América. Hoy constituyen un género de avasallante vitalidad y se representan lo mismo como diversión familiar que en fastuosas producciones teatrales. El sencillo argumento consis-



te en que grupo de pastores, camino a adorar al Niño, tropieza con unos demonios que intentan impedirsele. Gracias al oportuno aviso de un ángel finalmente los pastores consiguen llegar al pesebre.

De fines del siglo XVI procede una extraña pastorela en la que intervienen los Reyes junto con los pastores: *La adoración de los Reyes u ofrecimiento de los Reyes Magos al Niño Jesús*. Originalmente escrita en náhuatl fue traducida al castellano por Francisco de Pasto y Troncoso. Pero aún en español, estos Magos hablaban en la florida manera de Moctezuma y Netzahuacóyotl.

Gaspar hinca la rodilla junto al pesebre y se dirige al Señor tan pequeño: «Oh, noble,

oh Señor nuestro; oh, piedra preciosa; oh, pluma rica; oh, fina turquesa; oh, ajorca. Ciertamente, ya tuviste a bien venir a sentarte acá.... Oh mi Dios, oh mi Señor; oh tú primoroso Niño Dios.... Ciertamente declaro en presencia tuya que en todo el tiempo pasado vivía yo en mansiones de tinieblas, en noche muy oscura; pues así es, no te conocía yo, y ahora de verdad alumbraste mi espíritu, mi alma, y a todos los que dentro del cielo están echados y a tus criaturas los viniste a alumbrar. Pues, oh Dios mío, cierto, mucho te ruego que benévolamente aceptes mi espíritu, mi alma y mi vida, para que se pueda verificar que te hago ofrenda de este copal llamado incienso».

Luego de besarlo, el rey retrocede y toca a Melchor hablar: «Ciertamente -dice- tuvo a bien enviarte acá tu precioso Padre Dios, y de verdad, cargarás ante todo un gran peso y con él tomarás aún la carga. De verdad, ante todo te dignarás llevar, te servirás cargar tu cruz, el instrumento de salvación, en tus espaldas lo pondrás. De verdad ante ti me humillo.



te adoro y te doy enteramente mi espíritu, mi alma y mi vida, y este oro recíbelo dignamente. Oh Dios y Señor mío, perdóname. Amén».

También Melchor besa al Niño. Entonces se acerca Baltasar: «¿Qué te daré, qué te vine a ofrecer? Ciertamente, nada; sólo todo lo que aquí está. Te ofrezco el muy apreciado unguento que se llama mirra, y cuando en el sepulcro esté enterrado tu precioso cuerpo, de verdad con esto lo ungirán. Y ahora, oh precioso Dios, ¿qué cosa venimos a ofrecerte? Solamente nuestro espíritu, nuestra alma y nuestra vida. Benignamente perdónanos Oh mi amado y honrado Padre».

A Baltasar corresponde despedirse de la Sagrada Familia, una vez que los tres han terminado la adoración. Ya para retirarse habla a María: «Oh tú, preciosa y bendita Virgen, que nunca llegó a ti el principio del pecado, y que tu preciosa Gracia muy bien llena todo el interior del cielo y en todas las partes del mundo: que nunca concluirá, que nunca



retrocederá tu dignidad gloriosa de reina, ¿pues qué cosa de verdad te ofreceré, qué venimos a darte realmente? Casi nada, tan sólo nuestro espíritu, alma y vida. Que mucho me perdones, oh precisa Madre mía. De verdad vamos a partir ya. Que así se haga».

Y los Reyes Magos se retiran. ¿a dónde?, ¡Quién sabe!, quizás a su tierra, quizás otra nación a predicar la buena nueva. El caso es que año con año retornan para adorar la santa inocencia.

De otras historias.

La primera historia de los Reyes magos se encuentra en el evangelio de San Mateo. Pero éste no precisa si eran reyes o si eran tres; no habla para nada de sus títulos, ni de su dignidad; mucho menos dice de qué país procedían: «llegaron unos magos a Jerusalén -se limita a decir el apóstol- preguntando por el nacido rey de los judíos; habían visto su estrella y venían a adorarlo, lo cual hicieron en Belén, ofreciéndole presentes».

Los visitantes, pues, pertenecían a la región de Zoroastro, el gran profeta de la antigua Persia (hoy Irán). Los *magos* eran sus sacerdotes. Como astrólogos puede creerse que era natural que se sintieran intrigados por la aparición de una estrella de inusitada luz. El fenómeno de la estrella vino a coincidir, según la opinión de la mayoría de los estudiosos, con la conjunción de Júpiter y Saturno, en el año seis o cinco de nuestra era, que es la fecha real del nacimiento de Cristo. Los magos llegaron preguntando por el «nacido Rey de los judíos», porque en el imperio asirio se atribuía el signo zodiacal del carnero a las provincias judías y se veía en Júpiter la estrella de los judíos. Por lo tanto el astro estaba sobre su trono y era la estrella de los judíos. De ahí que se pensó en un rey para este pueblo.

En la leyenda, cada uno de los reyes magos tenía un reino; pasaban el tiempo esperando la aparición de la estrella en silencio; eran religiosos y justos con sus pueblos.

En el siglo II se inició la iconografía de los Magos. Se les presentó como mártires porque, instruidos en la fe por el apóstol Santo Tomás, abjuraron de sus prácticas paganas y fueron atormentados hasta la muerte.

En el siglo V, San León, Papa; se refirió a ellos con toda seguridad, y en el siglo XII, ya aparecen claramente

diferenciados, cada uno con su nombre, su título y su fisionomía particular.

Más o menos a partir del siglo VI, las representaciones de los Magos comienzan a distinguir sus edades: de esta manera, los Magos venían a simbolizar las tres edades del hombre, la juventud, la madurez y la ancianidad. Asimismo, simbolizaban las tres razas admitidas en la antigüedad -la negra, la amarilla y la blanca- y prefiguradas en los tres hijos de Noé: Sem, Jafet y Cam.

Cómo se descubrieron sus reliquias.

En el año 1160 Barbarroja atacó la ciudad de Milán. El arzobispo de Colonia quiso llevarse consigo un precioso botín: las reliquias encontradas en la iglesia de San Eustorgio y desde hacía cuatro años depositadas en la catedral de Milán. El Emperador no tuvo inconveniente. Las reliquias, olvidadas por todos, habían permanecido por mucho tiempo en un monasterio que demolieron los mismos milaneses para que no fueran aprovechadas por el enemigo durante el asedio a la ciudad. Se trataba de tres cuerpos incorruptos.

Las reliquias fueron llevadas a la ciudad de Colonia con gran solemnidad. Y los contemporáneos se preguntaban cómo había llegado antes a Milán.

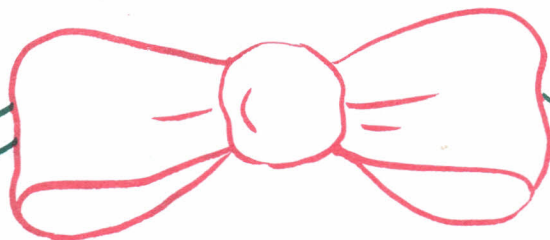
Según una tradición establecida en el siglo XII, Santa Helena, madre del Emperador Constantino, encontró y reunió los cuerpos de tres reyes, hasta entonces dispersos, y los llevó a Constantinopla, donde estuvieron hasta el reinado del Emperador Manuel. Por esa época, Eustorgio, religioso noble de origen helénico, había sido enviado a Milán y lo había elegido obispo. El santo varón volvió a Constantinopla para que el Emperador le permitiera aceptar el nombramiento. Fue entonces cuando el emperador le regaló los cuerpos de los tres reyes, para que fueran venerados por la población milanesa.

Colofón

Más allá de los detalles encantadores de estas tradiciones, lo que cuenta la historia de los Magos es que Cristo está por encima de toda magia y que ésta se le somete. De allí que el evangelista ponga en relieve que unos magos, sacerdotes de Zoroastro, fueron para adorar a aquel Niño en Belén. 🐏



¿Quién escribió la Novena de Navidad, cuándo y dónde?



mediados de la década de los 50's estuve en Quito y entre las personas que conocí estaba un abogado e intelectual muy brillante, llamado Juan Larrea Holguín, quien fue ordenado después como Sacerdote y es hoy Arzobispo de Guayaquil, emparentado por el último apellido con familias colombianas.

Recuerdo que le pregunté, entre muchas cosas, si en Ecuador era costumbre rezar durante los nueve días precedentes a la Navidad, una novena que se conocía en Colombia. Me dijo que sí y que el autor había sido su pariente Fray Fernando de Jesús Larrea, Sacerdote Franciscano del siglo XVIII y que el original (o quizás un ejemplar de la primera edición hecha en Quito, no lo recuerdo bien), estaba en el archivo de su papá, quien fuera un importante hombre público y diplomático.

Pasaron los años y en 1987, el Instituto Caro y Cuervo publicó una bella edición facsimilar, precedida de un estudio histórico realizado por el eminente investigador, Carlos Valderrama Andrade, de la novena y de su autor, de donde extraigo los datos que siguen:

La primera edición de la novena fue hecha en Quito, pero no sabemos la fecha. Hubo una edición hecha en Lima en 1788.

La versión que se conoce actualmente en Colombia, según Valderrama Andrade, es parcialmente similar a la original escrita por Larrea. La oración inicial para todos los días, la de Nuestra Señora y la de San José coinciden. Las dos primeras consideraciones para cada día fueron escritas por Fray Fernando Larrea, pero del día tercero en adelante éste las tomó de la obra titulada «La mística ciudad de Dios», escrita por la religiosa Hermana Clarisa María de Jesús de Agreda y publicada en Madrid en 1670.

Según el doctor Valderrama, las estrofas llamadas «Afectos» tienen antecedentes en la «Antífonas O», que se remontan a la Edad Media y que se rezaban en los días anteriores a Navidad.

El autor de la novena.

Fray Fernando Larrea nació en Quito, en 1700. Fue ordenado Sacerdote en 1725, perteneció a la Orden Franciscana y se dedicó, primero, a la enseñanza de la filosofía y la teología en Quito y a la predicación en Riobamba, Ibarra y Otavalo; llegó a ser famoso como predicador.



En 1739 estuvo en Popayán y llevó su prédica itinerante al Valle del Cauca, Cundinamarca, Boyacá, Santander, Tolima, el Chocó, Cartagena y en la Catedral de Bogotá. En 1747 fundó en Popayán el Colegio de Misiones y otro similar en Cali, en 1557.

Murió en el Convento de San Joaquín, en Cali, en 1773. De él se conservan otros escritos (cartas espirituales, epigramas, el texto de las Jornadas, anexo a su Novena de Navidad y otros escritos).

Versión Colombiana

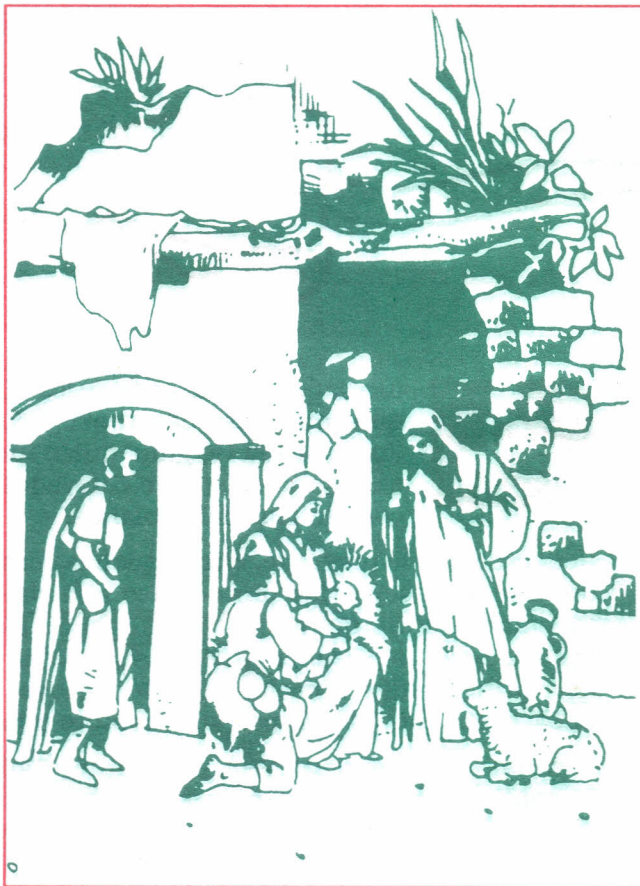
He leído las dos versiones de la novena: la original y la versión popularizada en Colombia, que contiene modificaciones hechas, en 1856, por la Madre María Ignacia (Bertilda Samper Acosta), pariente del doctor Ernesto Samper. Encuentro las siguientes diferencias: Las aspiraciones o «gozos» que se contestan, después de cada estrofa, con el estribillo «Ven a nuestras almas, ven no tardes tanto», son distintas, aunque se repiten textualmente, algunas de las frases del texto original. Se introdujeron cambios de palabras y frases para que el texto fuera más fácilmente comprensible, por ejemplo «Unigénito» por «Hijo» y así por el estilo.

La hermosa oración al Niño Jesús, debió ser compuesta por la religiosa mencionada, ya que no está en el original.

En mi opinión -y sin pretensiones de ser crítico literario-, es más hermosa, poética y de mayor profundidad teológica la de la religiosa colombiana. Igualmente considero que es muy positivo que nuestra compatriota haya abreviado el texto de las consideraciones para cada día, mediante la supresión de la oración anexa, pensando en que un buen número de los que escuchan la lectura de la novena en las familias, son niños y adolescentes.

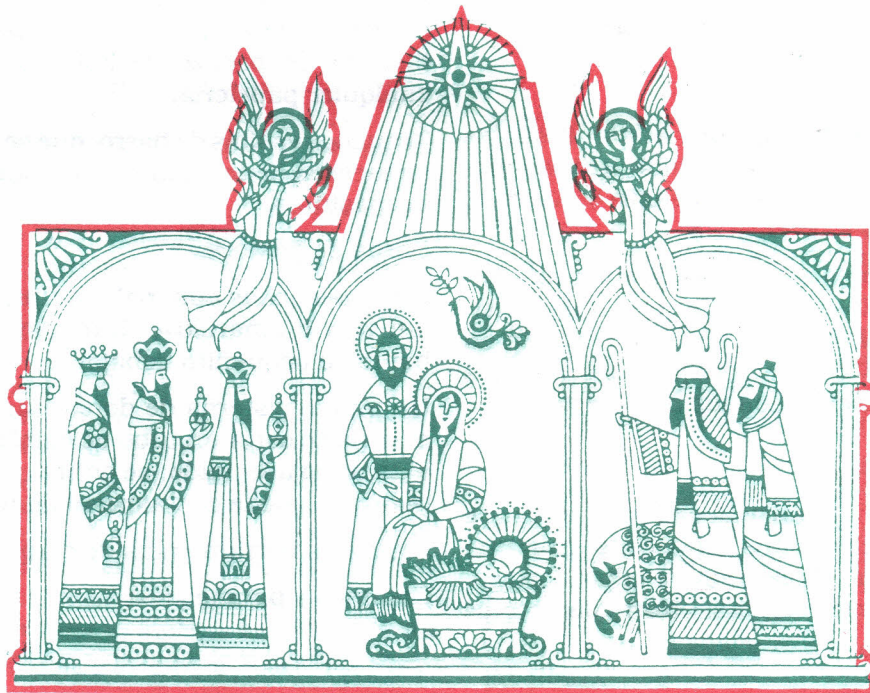
Esta pequeña novena es un tesoro de oración entorno al pesebre y un buen ejemplo de cómo puede ser cada familia una «Iglesia doméstica» como la llamaban, los primeros cristianos y el último Concilio: *«Un grupo familiar que se reúne para orar, leer y meditar una novena, los evangelios o un libro para reflexionar, rezar el Rosario o asistir juntos a la Eucaristía».*

La Novena de Navidad es un canto al Amor de Dios por los hombres y un canto de alabanza, adoración y amor de los hombres a Dios. Vale la pena conservarla, propagarla y disfrutarla como preparación para la fiesta más hermosa de la Cristiandad. 



Octavio Arizmendi Posada

El Pesebre



Historia

El pesebre es una de las tradiciones más antiguas y auténticas de los cristianos. La idea es representar el nacimiento del Niño Dios. Se dice que fue San Francisco de Asís el primero en iniciar esta tradición en 1223.

Según la historia, este santo italiano eligió una gruta en una región llamada Greccio para revivir el nacimiento de Jesús. Con autorización del Papa Honorio II se celebró allí una Misa a la que asistieron campesinos y labriegos de la región, muchos de los cuales llevaron ofrendas tal como lo hicieran los pastores.

Esta representación se difundió rápidamente, no sólo por todas las regiones de Italia, sino también por Austria, Francia y España. Con la conquista de

América, esta hermosa costumbre llegó hasta nuestro continente.

Pero hasta entonces se representaba con gente, solo en 1478 el pesebre se empezó a representar con figuras. La idea original fue el establo de Belén, la Virgen, San José y el Niño Dios, acompañados por la mula y el buey, pero con el paso del tiempo y de las distintas influencias culturales, el pesebre se ha ido transformando hasta incluir muchos ambientes diferentes y escenas complementarias.

Los pesebres más famosos en el mundo han sido los napolitanos, bastante recargados en sus figuras. En Suramérica los más famosos son los quiteños del siglo XIX, con figuras que reflejan una famosa escuela artística de la época, influenciada por la escuela de Sevilla.



Clases de pesebres

Pesebre bíblico

Este fue el pesebre inicialmente representado por San Francisco de Asís, que incluía todos los elementos citados, muy parecidos a los de la época del nacimiento de Jesús. Para que sea auténtico se deben tener en cuenta que las construcciones y los vestidos de hombres y mujeres tanto en su forma como en sus colores, sean representativos de esa época. En cuanto a la vegetación, no hay que olvidar que aquella zona es algo desértica.

Pesebre típico

Es una adaptación del pesebre a las diferentes regiones del mundo, como el napolitano mencionado, con las figuras vestidas a la usanza y bastante recargado en todos sus aspectos.

Los pesebres colombianos incluyen representaciones del ambiente típico: nutrida vegetación, casitas campesinas y animales de los que se ven en nuestros campos. Los personajes y los vestidos también deben coincidir con los de la región.

Pesebre ornamental

El pesebre ornamental o artístico es aquel en el que se combinan los elementos para conseguir una apariencia artística, buscando resaltar formas, colores, detalles y elementos. Normalmente se

utilizan para decoraciones en lugares como oficinas, almacenes, vitrinas, etc.

Detalles

Hay muchos detalles que se pueden agregar para adornar el pesebre y hacerlo más acogedor. Estas son algunas ideas:

Un pequeño talego que simule donde la Virgen guarda su ropa y la del Niño.

Una canoa donde comían la mula y el buey y que puede ser la cunita del Niño Jesús. Se fabrica talando un pedazo de balsa que se compra en cualquier papelería.

Pequeñas vasijas de barro, que se consiguen en los almacenes de artesanías, simulan las ofrendas de los pastores.

Carpa de pastores

Fogatas hechas con palillos, piedras, papel celofán rojo o amarillo e iluminación (se coloca un bombillo pequeñito debajo).

Un pozo o cisterna de donde sacan el agua. Para hacerlo se corta un tubo de cartón, lata o plástico, al tamaño adecuado, se cubre con yeso y se pinta para que quede con aspecto de piedra o ladrillo.

Pequeñas herramientas de trabajo

Caminos y puentes. 🏡

Villancico

El Tamborilero

El camino que lleva a Belén
baja hacia el valle que la nieve cubrió,
los pastorcillos quieren ver a su rey,
le traen regalos en su humilde zurrón
ropopompom, ropopompom.
Ha nacido en un portal de Belén
el Niño Dios.

Yo quisiera poner a tus pies
algún presente que te agrade, Señor
mas Tú ya sabes que soy pobre también
y no poseo más que un viejo tambor
ropopompom, ropopompom.
En tu honor frente al portal tocaré
con mi tambor.

El camino que lleva a Belén
yo voy marcando con mi viejo tambor,
nada mejor hay que te pueda ofrecer,
su ronco acento es un canto de amor,
ropopompom, ropopompom.
Cuando Dios me vió tocando ante El
me sonrió.

Recuerdos de Navidad



M

La remembranza de la Navidad se remonta a mis años infantiles, en mi pueblo, Yarumal –al norte de Antioquia–, que tendría en los años cuarenta 20.000 habitantes; en el cual viví hasta los 10 años, cuando mi familia se trasladó a Medellín.

En todas las casas del vecindario se hacía el pesebre con cajas cubiertas de encerado, algo de musgo, con río hecho de papel plateado –que envolvía los cigarrillos–, con cascada, puente y lago. Casitas de madera y techos de cartón corrugado, conformaban a Belén. En la pared, brillaba la estrella y un ángel de porcelana sostenía el letrero "*Gloria a Dios en las alturas*".

El paseo a buscar musgo y ramas en las laderas arriba del pueblo, era una fiesta infantil, pues íbamos juntos los niños de varias familias con algún adulto. Se armaba el pesebre el 15 o 16 de diciembre y de su construcción participábamos, los más lanzados, bajo la dirección de mi madre. Ella leía cada noche el texto de la novena de Navidad y a los gozos respondíamos cantando la tonada oída y aprendida en la iglesia parroquial: "*Ven a nuestras almas, ven no tardes tanto*". Luego, cantábamos los villancicos bajo la experta dirección de mi padre.

Cada diciembre en que he asistido a la novena de Navidad en mi casa o en la de parientes y amigos, al oír leer el texto de la misma, escucho siempre en el trasfondo, con los oídos del recuerdo, la amable voz de mi madre cuando rezaba la Novena de Navidad.

El recuerdo más antiguo sobre los "traídos" del Niño Dios y que debió ser cuando yo tenía 4 ó 5 años, estuvo precedido de intensas peticiones al Niño Jesús durante la novena, era algo tan audaz, como podría ser hoy, pedir un automóvil a la edad de cinco años. Por ello aquel 24 de diciembre, después de quemar pólvora de luces en la calle de mi casa y ver elevarse muchos globos de papel multicolor, me dormí con gran expectativa esperando se cumpliera mi petición.

Cuando desperté el 25 de diciembre por la mañana, inmediatamente miré al lado izquierdo de mi cama y no había nada. Sentí un poco de angustia. Luego miré al lado derecho y... allí estaba erguido y radiante un auténtico, un verdadero, un deslumbrante... ¡triciclo!

Octavio Arizmendi Posada

Cofundador y primer Rector de la Universidad de La Sabana

L

Lo que recuerdo más vivamente de las Navidades de mi infancia es la Nochebuena. Toda la familia se reunía en la casa de la tía Amparo, hermana soltera de mi abuelo Juan, en cuyo oratorio se celebraba la misa de gallo -entonces, tres misas-, a las doce de la noche.

Nos podíamos incorporar a la reunión familiar desde que fuéramos capaces de «portarnos bien» en las tres misas y, como era nuestra mayor ilusión hacíamos méritos. Generalmente, solíamos ir a partir de los siete años, fecha en que ya habíamos hecho la Primera Comunión.

Después de la misa, había gran comida con mesa para los mayores y mesa para los pequeños. Entre otras cosas, recuerdo el chocolate -espeso- con crema de leche y churros, y las bandejas de turrones y mazapanes.

A continuación cantábamos villancicos ante el pesebre y tocábamos panderetas y zambombas. Después, venían las «estrellas» -una formas de aguinaldos que no sé por qué se llaman así- donde abuelos, papás, padrinos, y tíos nos daban dinero -en billetes nuevos recién sacados del banco- para comprarnos lo que quisiéramos. Los juguetes los traían los Reyes Magos el 6 de enero; y eso es otra historia fabulosa.

Pilar Fernández de Córdoba,

Directora Departamento de Filosofía, Universidad de La Sabana

H

Hace ya 21 años conocí y empecé a compartir la celebración de las Navidades con la Universidad de La Sabana, que en 1973 se llamaba INSE.

Era solamente una docente de cátedra de psicología evolutiva y esperaba a mi segunda hija. Al tiempo trabajaba como funcionaria de planta en una Universidad Oficial, a pocas cuadras del INSE y solía escaparme a la hora en que se celebraba la novena.

El grupo reunido, en las primeras sedes de Quinta Camacho, compartía los sueños y esperanzas de esa época tan especial y del año que se aproximaba. Era una gran familia celebrando la Navidad.

Ofrecía la Universidad un regalo para cada uno de nosotros, el cual ese año fue excepcionalmente, cálido para mí, puesto que mi segunda hija recibió su primer obsequio navideño.

Carmenza Peñaloza de Flórez

Decana Facultad de Psicología, Universidad de La Sabana

Noel, el mendigo



Este cuento fue publicado en el periódico El TIEMPO del 27 de diciembre de 1925, escrito por quien fuera en ese entonces su redactor, y quien sería luego Presidente de la República de Colombia, Dr. Alberto Lleras Camargo

Es sabido que todos los mendigos se reúnen en las puertas de las ciudades. Es sabido también que los mendigos de todos los ámbitos se reúnen en número de tres, número exacto, único para poderse reunir tres mendigos. Y es sabido que están siempre en la situación desastrosa y desvergonzada de todos los mendigos. Pues bien: Los tres mendigos que me he encontrado yo en una noche de aguinaldos, son exactamente los tres mendigos que han conferenciado a través de los últimos veinte siglos en las puertas de las ciudades. Me parece que fueron los mismos que vio el peregrino del silencio en las puertas de plata de Tauris. Y más tarde en todas las grandes ciudades. En el siglo XVIII se reunieron en las puertas de París, varias navidades. Y ahora están aquí, bajo nuestro cielo transparente, observando la Cruz del Sur que se estremece en la atmósfera diáfana. Me he detenido con ellos. Y les he interrogado:

- ¿Qué hacéis ahí, bajo la noche?
- Esperamos la Navidad.
- ¿Y qué esperáis en esta Navidad?
- Hace 1925 años que esperamos en vano. No ha llegado nunca nada, pero estamos seguros de que esta noche ha de llegar "eso".
- ¿Qué es eso?
- Lo raro. Hemos caminado bajo todos los cielos. (La voz del mendigo se despoja lentamente de su vestido haraposo que usa para pedir en las puertas de las ciudades. Y se va haciendo fortificante y ágil, como si lo moviera el espíritu de algún maravilloso licor).
- ...Y, sin embargo, esta noche ha de ser. Creedme. El mundo se va haciendo bueno. Los mendigos desaparecen, y un ansia ridícula de trabajo se prende a los músculos de los haraposos. Nosotros sabemos que si no llega algo esta noche, en el año que viene estaremos en los arados o en las fábricas.
- ¿Acaso no estáis aliviados?
- No importa. La humanidad se hace sabia. Y los

mendigos estorban.

-¿Y qué harán de vosotros?

- Imbéciles... (Es la voz del otro mendigo. Como ha pasado al anterior, la voz comienza ritualmente mendiga, y luego se desempereza y se hace flexible. No puedo ver los rostros de los mendigos. Pero estoy seguro de que todos son bellos).

- ¿Y por qué ha de ser hoy?

- Imbéciles..., repite el mendigo. Han quitado a los mendigos su papel. Cuando desaparezcan los mendigos acabarán toda las religiones de Oriente. A base de mendigos se han hecho teogonías. El mendigo es el hombre. Es el astuto, el flexible, el rapaz, el felino. El canalla... Por eso es el más hombre.

- ¿Y por qué ha de ser hoy?

- Hoy sí.

- En efecto ha de ser hoy.

- Sí. Yo siento que ha de ser hoy.

- Tiene que ser. Hemos esperado desde hace mucho tiempo. Nosotros no. Los abuelos, los viejos, ellos sí que han esperado. Cada Navidad es una nueva esperanza, y cada alba de Navidad es un desencanto nuevo. Así se nos han formado las arrugas del tedio, y no llega la hora. Pero esta noche hay algo extraño en el ambiente. Es la hora.

- ¿Cómo lo esperáis?

(Sin saber por qué, yo también me he contagiado de angustia. A veces adivino qué es lo que esperan los mendigos. Otras, apenas tengo la conciencia vaga de que ha de ser hoy. Esperamos aún otro poco. Yo también siento que ha de venir).

- Lo esperamos de cualquier manera. Puede llegar en cualquier forma. El mundo, además de cínicos, nos ha hecho un poco panteístas. Ha de llegar esta noche. Y puede llegar aún en la forma grosera de un perro... Pero sabemos que ha de obrar el milagro.

- ¿Qué milagro?



- El suave milagro. Desapareceremos para siempre de las puertas de las ciudades.

- El admirable milagro. Habrá muchos caminantes ricos en los caminos y repartirán sus dineros.

- El milagro famoso. Los caminos se extenderán debajo de nuestros pies, sin tener que recorrerlos para ir a las ciudades.

(El amable milagro. Yo también lo esperaba ya. Las puertas de la ciudad están frías, agresivas bajo la noche, como están todas las puertas en cuyos cimientos se han echado las formas rudas de los mendigos. Las puertas les tienen asco a los mendigos. Por esas puertas, estoy seguro, no han de salir los milagros que esperamos nosotros. Los mendigos y yo).

- El milagro voluptuoso. (Es el primer mendigo el que habla. Siento cómo su voz se ha hecho acariciante, perversa). Pasarán mujeres, y hemos de cerrar los ojos para que, fingiéndonos ciegos, podamos sentir mejor el calor de sus manos cuando dan la limosna.

- El milagro estéril de la avaricia. He de abrir mucho los ojos para acariciar las monedas de todo el mundo sin tener que mover las manos para defenderlas.

- El milagro de la boca. Sé que los vinos han de venir a ella en una gran cascada negra rojiza, como las Madeiras portuguesas.

(Luego callan. Yo también estoy esperando mi milagro. No lo he querido decir, porque es tan sutil, que los mendigos podrían robármelo con sus ojos prensiles y sus manos callosas, y encerrarlo en las cavernas de su avaricia. Porque es malicioso, porque es único. Y en esta noche de Navidad me he quedado esperándolo. Y sin embargo de que lo espero, veo el camino abierto,

gris, bajo la noche negra, como una lengua que estuviera empujando a los pasajeros hacia una boca torva. Y se bien que en este camino gris se ha de hundir el peregrino del milagro. Y mientras todo esto, hay ya cuatro mendigos. El otro se ha desdoblado de donde estaba yo, se ha salido de entre mi cuerpo y se ha ido a sentar junto a los mendigos. El cuarto mendigo, que

mira hacia las puertas agresivas y hacia el camino sediento de un peregrino para tragárselo.

Los mendigos se han apretado unos contra otros y han dejado que se siente el cuarto mendigo.

Ninguno ha dicho nada. Los mendigos tienen una falta de curiosidad que me asombra).

- No llega. Ya debería llegar. He sentido que la ciudad ha desdoblado sus campanas sobre las casas, y que ha tirado sobre los tejados una lluvia de campanazos de plata. Son las doce. Ya debería estar aquí.

- No, no ha llegado porque el reloj apenas ha dado las once. No podría ser de otro modo. Orión no ha variado casi de sitio.

- Si son apenas las once. No podía haber llegado.

(Suenan doce campanadas abajo, en la ciudad de las puertas. Sin embargo, los cuatro mendigos nos afeerramos a la gran idea)

- No son sino las once. Acaban de sonar sobre la ciudad.

- Sí, las once.

(Nos callamos. Sentimos que algo ha de suceder. Y sentimos la angustia de que no sucede nada. Como no ha sucedido nada a nadie, a ningún mendigo desde hace mucho tiempo...)

- ¡Míralo. Allí viene!

- ¿Quién?. (Todos los cuatro mendigos nos enderezamos. Olfateamos los pasos del que llega. Y todos preguntamos al aire)

- ¿Quién?





- El milagro.
- (Es otro mendigo... No es el milagro).
- Sí, es otro mendigo. Cojea. Y lleva sobre la espalda un bulto. Un bulto que debe pesar mucho, porque lo trae encorvado.
- ¿Si trajese él el milagro...?
- Qué lo ha de traer. ¿Acaso los mendigos traen los milagros de Navidad?
- ¡¿Qué lo ha de traer?!

(Por el camino avanza el quinto mendigo. Alcanzo a notar el trabajo de las piernas para desprenderlas del suelo que se lo quiere tragar, que lo tira hacia el centro de los caminos. Porque los caminos tienen un centro especial por donde se hundan de noche al interior de la tierra.

Lleva un gorrillo de mujik. Es ruso. Lo adivino. (Pero lleva también un saquito extraño, un gabán largo rodeado de nieve en las bocamangas. Y como no hay nieve en la ciudad, todos sentimos ganas de preguntarle de dónde viene. Pero lleva también una barba sin austeridad, como si la hubiesen desbaratado y desflecado los chiquillos).

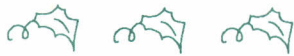
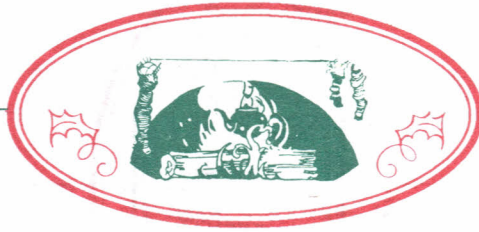
- ¿Lo recuerdas?
- Sí... Tal vez sí lo recuerdo... Nuestro abuelo lo conoció.
- ¡Ah!. Sí lo recuerdo. El lo ha conocido...
- Es otro mendigo... ¿Cómo te llamas viejo?
- Noel...
- Algo he oído decir. Pero no a los otros mendigos. Te conocen entre la gente rica.
- ¿Por qué te conocen los ricos?
- Porque soy un mendigo que se ríe de los otros mendigos. Y que no los conoce.
- Oye Noel: ¿De dónde vienes ahora?
- He ido a tocar las campanas sobre la ciudad. Todos han engañado a los niños, porque los niños todavía se dejan engañar, camaradas, y les han dicho que yo he ido a sus cunas... Mentiras. Yo estoy viejo... Yo no voy a ninguna parte. Y esta noche menos... Mira, estoy cansado. Los hombres han inventado unos juguetes muy pesados y los brazos se me doblan como juncos del Japón. ¿Tu sabes qué es el Japón?
- ¡Eh. País de los ricos...
- Bueno y no vuelvo. No quiero ya a los niños. Son unos idiotas. Se les ha olvidado que yo era el mejor mendigo. Sólo las mujeres me esperan en Navidad, porque saben que no he de ir nunca.

Y los mendigos...

- ¿Qué traes ahí?

- Ya nada. El bulto viene vacío. Traía el milagro.
- ¡El milagro!
- (Las cinco cabezas, porque Noel también se contagia de la sorpresa, se quedan mirando al cielo. Luego todos se vuelven hacia el camino. Hay una gran paz sobre las cosas. Las puertas no parecen ya agresivas, y el camino tiene la tristeza de otro peregrino. Me ha parecido que el camino estaba cansado de andar)
- ¡El milagro! ¿Y cómo era el milagro?
- No he sabido. Lo sentía sobre las espaldas, pero me lo han robado...
- ¡Te han robado el milagro!
- ¿Y qué vas a hacer?
- A esperar la Navidad.
- Ya ha pasado. Todos hemos sentido las doce horas rato...
- Entonces, esperemos la otra. En esa sí ha de llegar el milagro.
- Sí, sí. En esa ha de llegar.
- (Noel se inclina lentamente, y se incorpora al grupo de los mendigos. Luego su voz se levanta poco a poco, y habla en un tono conmovedoramente fastidioso)
- No habrá quien traiga el milagro. Yo soy un mendigo. Y no quiero traer nada. Quiero que me lo traigan a mí.
- (Pausa. Los mendigos miran al cielo. El alba se abre sobre sus cuerpos y les pone nimbos de un blanco azulado sobre las cabezas grises. Se les ven ahora las arrugas. Yo ya descubro también las mías..)
- Hay más hombres que no hayan recibido nada?
- Sí. Muchos. No he podido llegar, porque soy un mendigo y me he cansado...
- ¡Pobres!
- ¡Infelices!
- ¡Mentira! Noel no daba nunca nada... No he dado yo nunca nada... En la ciudad solo hay infelices entre los que ya no esperan nada de mí, que me he vuelto un mendigo, porque todo lo han recibido de ellos, de los otros... Hoy se han prendido otro poco de gentes a la esperanza de la Navidad que viene.
- ¡Qué locos! Como nosotros, buscan un pretexto para venir... Qué locos... Da risa.
- ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
- ¡Je! ¡Je! ¡Je!
- ¿Y tú viejo Noel?
- Yo... ¡Pero si yo no me he ido nunca... Si ahora me han robado el milagro!
- Los mendigos se acaban... Qué imbéciles. Nos han de recluir a ti y a nosotros, a ti también, Noel, vagabundo, gitano, viejo loco...

Navidad con Poesía



Sueños de Navidad

Hermosa está la noche
duermen los niños ya
en sus camitas doradas
sueños de Navidad

Hace tiempo allá en Belén
un niño precioso está
dormidito en su pesebre
sueños bellos de cristal

Mi niño precioso
copito de nieve
besarte yo quiero
jugando en la nieve.

¡Todos están jugando!
felices gritan NAVIDAD
esta noche solo hay risas
sueños plateados
Noche de Paz

Lina Borge de Juliao
Directora CREAD Barranquilla

Navidad Triste



Las luces de mi árbol Navideño
ya no prenden.
Se apagaron por el miedo de las balas
enmudecen de terror ante los muertos
de mi patria, tierra noble de mi raza.

Colombia amada, cómo te recuerdo
cómo extraño tus ríos y montaña,
a tu gente amable, al campesino bueno,
al humilde labrador que de noche no descansa

Las luces de mi árbol, este año no prendieron
se apagaron las estrellas con la sangre derramada
el silencio de mi árbol es testigo de la infamia
de la gente que descansa en las tumbas colombianas

Lina Borge de Juliao

(Este poema fue escrito
cuando la autora residía en Ecuador)

Dulce Niño Jesús

Te hiciste Niño, Jesús
para enseñar a entregar
Te hiciste Niño, Señor
para mostrar tu candor
y en el hogar del amor,
muy cubiertito entre pajas,
nos enseñaste a llorar,
cantar, rezar y reír,
nos enseñaste a dar gracias,
nos enseñaste a implorar
y más aún, Oh Jesús!
nos enseñaste humildad



Maritza J. Cano

Directora

Ediciones Universidad de La Sabana



EDICIONES UNIVERSIDAD DE LA SABANA

*y su Junta Administradora
le desean
una Santa y Feliz Navidad.*

Dirección y Coordinación Editorial: Maritza J. Cano N.
Diseño y Diagramación: Martha Castilla de Baracaldo • Impresión: Ubaldo Vega R.

